

Tres ideas sobre la pornografía

♦ Por Jaime Nubiola
PARA LA GACETA - BARCELONA

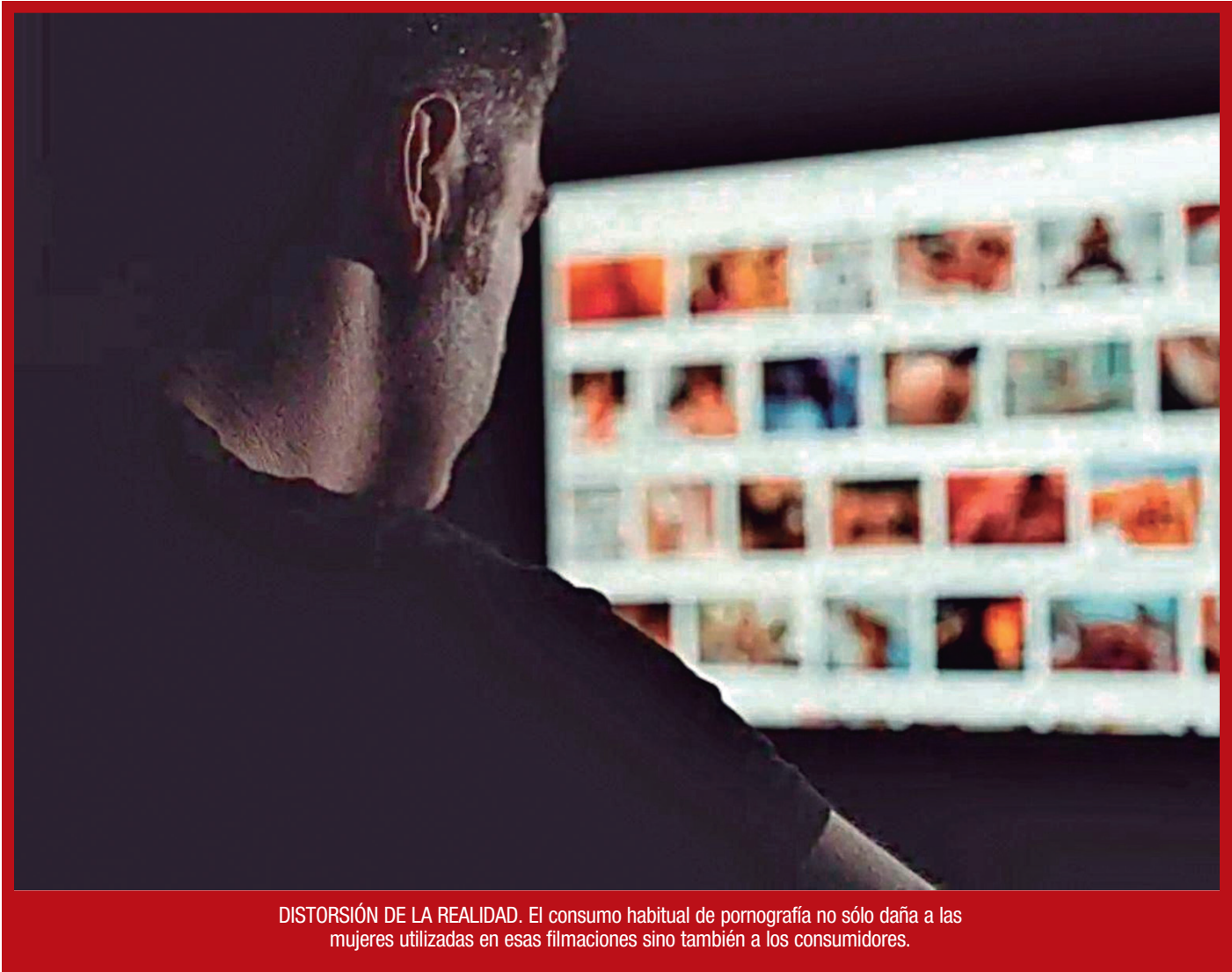
La revista mexicana *«Formas nómadas»* me ha invitado a colaborar en un número monográfico que llevará por título «Formas del erotismo: placer, deseo, amor». Se han dirigido a mí porque hace veinte años escribí dos o tres artículos sobre la marea negra de la pornografía, que tuvieron bastante eco y están accesibles en internet. Esta nueva invitación me pareció un desafío interesante y les he contestado que voy a volver a pensar y a escribir sobre este penoso negocio, que en los veinte años transcurridos no ha dejado de crecer. Les he dicho que deseo escribir el texto que me piden en colaboración con una escritora mexicana.

Consecuencias devastadoras

La primera idea que viene a mi cabeza al respecto es la afirmación clara y rotunda de que la pornografía gratuita accesible en internet es hoy en día la fuente principal de “educación sexual” de nuestros jóvenes desde los 10 u 11 años en adelante. Las consecuencias de tal educación suelen ser devastadoras, pues las imágenes —de ordinario asquerosas— a las que por curiosidad se asoman estos jóvenes entrañan casi siempre violencia contra las mujeres y una animalización sistemática de las relaciones sexuales. Los padres y madres que descubren esas imágenes en los celulares de sus hijos quedan horrorizados ante la crudeza de lo que ven, que no tiene semejanza alguna con el amor conyugal.

Función similar al “soma”

La segunda idea —obvia por otra parte— es que la pornografía a través de las pantallas ha ocupado amplios estratos de nuestra sociedad como distracción ocasional o entretenimiento habitual de los adultos, sobre todo entre los varones.



DISTORSIÓN DE LA REALIDAD. El consumo habitual de pornografía no sólo daña a las mujeres utilizadas en esas filmaciones sino también a los consumidores.

Puede decirse que se trata de un sustituto de la prostitución, más económico, más higiénico y aparentemente sin consecuencias indeseables. Viene de inmediato a la memoria aquel «soma» que en la distopía de Huxley *«Un mundo feliz»* mantenía a los ciudadanos dócilmente al servicio del poder. El soma era una droga «eufórica, narcótica, agradablemente

alucinante», con «todas las ventajas del alcohol y ninguno de sus inconvenientes». Pienso que la pornografía en nuestra sociedad supuestamente progresista y avanzada desempeña una función similar. De no ser así, no se entiende cómo los gobernantes de España o de tantos otros países occidentales no han adoptado medidas eficaces para erradicarla.

Finalmente, la tercera idea que quiero expresar es que la pornografía no solo daña a las mujeres utilizadas en los rodajes de esas filmaciones, sino que también daña a los consumidores. Quizá resulte necesaria una definición de pornografía. A mí me basta con la definición contenida en la *«Censorship. A World Encyclopedia»* de 1907: «La pornografía

es la representación de comportamientos sexuales en las artes y en los medios de comunicación que pretende provocar o provoca la excitación sexual». Los productos pornográficos son hechos, comercializados y consumidos con esa finalidad. No hay dudas al respecto ni entre sus creadores ni entre sus consumidores.

Imágenes degradantes

Tengo para mí que el consumo habitual de pornografía por parte, sobre todo, de los varones causa la instalación en su memoria —que se encuentra alojada en sus circunvoluciones cerebrales— de un cúmulo de imágenes degradantes, que distorsionan la realidad del sexo, que objetualizan a las mujeres y que convierten al varón en un “macho alfa” reduciendo penosamente su vida a la condición de semental estéril. Me impresionó hace años algo que leí en los *Ponkapog Papers* del editor y poeta estadounidense Thomas B. Aldrich: «A un hombre se le conoce por la compañía que le hace su mente» [*“A man is known by the company his mind keeps”*]. Es así. Tengo la impresión de que son muchos los conciudadanos nuestros que no pueden pensar ni querer porque tienen su imaginación llena de mierda hasta el punto de que les ahoga y les encierra en su egoísmo.

Estas son las tres ideas que venían a mi cabeza al recibir la invitación a pensar de nuevo la pornografía. Las escribo aquí, pues seguro que pueden ser matizadas, corregidas o completadas por muchos de mis lectores, quizás en particular las lectoras.

© LA GACETA

Jaime Nubiola - Profesor emérito de Filosofía en la Universidad de Navarra (jnubiola@unav.es)

¿Debería legalizarse la marihuana?

La ministra de Seguridad Nacional, Patricia Bulrich, anunció la revocación de unas 300.000 licencias del Reprocann, el programa que regula el cultivo domiciliario de cannabis para uso medicinal. El acceso a esta sustancia se tornará ahora más restrictivo y burocrático, para evitar que alguno se fume lo que no le corresponda. ¿No debería un gobierno que se precia de «libertario» y «anarcocapitalista» legalizarla de una buena vez?

♦ Por Juan Ángel Cabaleiro
PARA LA GACETA - TUCUMÁN

Con la marihuana se da una situación paradójica: los millones de consumidores que hay en este país defienden su legalización, y quienes insisten en mantenerla ilegal son los que no la consumen ni tienen relación con ella. Así, las supuestas víctimas de esta sustancia resultan sus principales defensores, y quienes la combaten con encono no ven afectados por ella en absoluto. ¿Tiene esto algún sentido? Si no produce ningún daño a terceros que alguien cultive y consuma marihuana en su propia casa, ¿por qué habría que prohibirlo?

Se trata de un caso paradigmático de paternalismo jurídico: prohibirle algo a otros, en contra de su voluntad y «por su propio bien». Pero el paternalismo resulta irritante en una sociedad liberal, y el daño a terceros, además, es una

condición *sine qua non* para que el Estado restrinja justificadamente la libertad de los individuos. Tal es así que en aquellas prácticas en las que no hay terceras personas afectadas y solo se observa un perjuicio autoinfligido, como en el caso de quienes consumen alcohol, tabaco, hamburguesas u otro tipo de comidas, ¿por qué habría que prohibirlas? Si no produce ningún daño a terceros que alguien cultive y consuma marihuana en su propia casa, ¿por qué habría que prohibirlo?

Conste que hablo de marihuana, de su cultivo y consumo hogareños, y no de otras sustancias mucho más adictivas y que pueden asociarse a múltiples formas de de-

lito. Y hablo específicamente de esto porque hace pocas semanas, Patricia Bulrich, la ministra menos liberal que se recuerde, decidió suspender las licencias a quienes cultivan cannabis para uso medicinal propio y prometió «empezar otra vez de cero» con el registro. La idea es afinar la puntería del Estado contra usos non sanctos del cannabis.

Decisiones personales

Pero resulta contradictorio y hasta inadmisible que un gobierno que proclamó siempre un máximo de libertades individuales y un mínimo de intervención estatal, aumente ahora la injerencia del Estado en decisiones tan personales como el cultivo y consumo de una planta en la propia casa, sea con fines medicinales, recreativos, psicodélicos, pseudomísticos o cualquier

otro. ¿Cómo era eso del «respeto irrestricto del proyecto de vida...»?

Uno de los argumentos que mecánicamente repiten los prohibicionistas es que el consumo de marihuana funciona como una «puerta de entrada» a otras drogas más potentes y dañinas. Quien consume marihuana hoy consumirá cocaína, heroína o poco tarde o temprano. Tal cosa es discutible. De hecho, existen consumidores habituales de marihuana que no utilizan otras drogas, y consumidores de drogas más fuertes que nunca probaron la marihuana o no se iniciaron con ella. En cantidad, los consumidores de marihuana son muchísimos más que los de otras sustancias más nocivas, por lo que muy pocos atraviesan esa puerta imaginaria. No hay nada que indique una relación causal directa entre ambos consumos, y menos con

la fuerza necesaria como para justificar la prohibición de uno para evitar el otro.

Más allá de esto, tal argumento conduce al absurdo. Con el mismo criterio deberíamos prohibir también el tabaco, como «puerta de entrada» al consumo de marihuana. También el café o la práctica del sexo pueden ser «puertas de entrada» al consumo de tabaco. Y así. Las «puertas de entrada» abarcan tanto y conectan tantas cosas que su prohibición nos conduciría a una sociedad de talibanes, a un mundo en el que no valdría la pena vivir.

Motivos oscuros

¿Por qué, entonces, se mantiene la prohibición? En gran parte se debe al desconocimiento: por estos días circula una publicidad oficial en la que una de nuestras autori-

dades políticas locales habla del secuestro de 127 kg de marihuana, «lo que representa 800.000 dosis», afirma. ¿Una dosis son 0,15 gr? ¿Tiene sentido hablar de «dosis» de marihuana? Se opina y se legisla desde un desconocimiento palmario del asunto. Los verdaderos motivos de la prohibición tienen mucho que ver, sospecho, con la atmósfera oscurantista que rodea el consumo de marihuana en la percepción de buena parte de la sociedad. Una concepción prejuiciosa, irracional, que asocia la marihuana con ideas de marginalidad, corrupción, degradación, promiscuidad, mugre y aquelares orgiásticos. Tal el fondo oscuro de una discusión pendiente que pocos se atreven a dar.

© LA GACETA

Juan Ángel Cabaleiro – Escritor

Ser o no ser peronista, nuestra cuestión fundamental

♦ Por Nicolás Sancho Miñano
PARA LA GACETA - TUCUMÁN

Un grito estridente desputa en el aire... ¡Viva Perón, carajo! En ese instante a unos se les infla el pecho de orgullo y a otros se le revuelven las tripas de la repugnancia. Y todo sucede al unísono.

Si Shakespeare hubiera nacido en nuestros pagos en el siglo XX quizás Hamlet se llamaría Jorge o Pedro y, en vez de príncipe, podría ser el hijo del gerente de una metalúrgica en La Paternal o sobre la ruta camino a Las Talitas. Y su frase icónica, de ser o no ser, tendría su variante criolla.

Lo cierto es que nadie que viva en este país es tan ajeno a algún sentimiento con respecto al peronismo. Es quizás la mayor divisoria de aguas entre los argentinos desde hace ya casi 80 años. Atento a esta viejísima situación puede caberle al lector desconfiado la pregunta, ¿qué se puede decir de nue-

vo con respecto al peronismo, si ya se dijo de todo? Pero creo que aún nos queda pendiente inmiscuirnos a fondo en qué lleva a alguien a considerarse peronista o antiperonista.

Los motivos y las respuestas de los más fanatizados, por supuesto, siempre son inapelables. No dan muchos detalles. Todo es tan obvio que nadie se gasta en explicar por menores. “Estamos así desde que apareció Perón”; “antes éramos una de las diez potencias del mundo”; “el peronismo fomentó la vagancia”, dicen los “anti”. Los peronistas también tienen sus frases hechas, clichés aprendidos de memoria que repiten mecánicamente: “Él trajo los derechos sociales, las leyes laborales”; “¡el voto femenino!”; “la defensa de la soberanía nacional” Muchos de esos dogmas, de un lado y del otro, son muy dis-

cutibles o les falta precisión ya que hipertrofian alguna verdad. De cualquier manera todavía eso no responde la pregunta esencial que nos convoca: ¿qué motiva a la gente a pararse de un lado u otro?

La ciencia política y la sociología hace décadas se vienen ocupando del asunto. Como pasa con cualquier idea política, ser peronista o anti, parece que no responde a motivos puramente racionales, sino que estaría mucho más ligado a lo sentimental. Cuando no a la crianza, al hogar paterno. En el fondo, bien en el fondo, incluso sin que nosotros mismos lo entendamos bien, no es muy diferente a pasiones más banales como la que se puede sentir por River o Boca. Es más una bandera común que nos abriga, una costumbre legada, y tal vez una liturgia compartida por ciertos sectores sociales. No nos

importan tanto las razones externas; salvo, por supuesto, y en algunas ocasiones, lo que percibe nuestro bolsillo. Pero no existen motivos intelectuales que pesen más que el sentimiento. Y cuando el sentimiento está presente, nuestra cabeza va a encontrar razones suficientes para validar nuestra indefectible sensación. Es muy difícil domar las pasiones y liberar el intelecto de condicionamientos. No importa el asunto en cuestión. Ya sea la capacidad, la honestidad, incluso los detalles de la intimidad que tanto hablan de un líder, nada suele escaparse de nuestro sesgo. En el caso de Perón esos asuntos de la vida privada fueron intencionalmente solapados por un bando, y destacados por el otro, sin observar el mismo puritanismo en tantas figuras de nuestra historia desde Sarmiento y Mitre hasta Me-

nem, Alberto Fernández y el propio Milei...

El gorilismo

Con el mote de gorila muchos peronistas engloban a cualquiera que no se rinda ante la luz de su figura mítica. No importa de que lado venga; por izquierda y por derecha suelen ver aparecer enemigos como zombis y a todos les cabe a medida ese apodo salvaje, denigrante.

Del otro lado tenemos una fauna moderna, “habitué” de los coquetos cafés de autor, que tilda de bruto al que ose empatizar con cualquier idea de justicia social. Una suerte de clasismo moderno, más de tinte farandulero que aristocrático, cuya militancia nunca conoció mucho del mundo que se extiende más allá del cómodo chalet familiar y las arboladas calles linderas.

La mayoría de los argentinos, creo, pululamos más hacia un costado o el otro pero en los bordes de nuestra calzada llena de baches, entre los que muerden la banquina con la herejía de “Santa Evita”, por un lado, y los energúmenos del “viva el cáncer”, por el otro. Por mi parte siento que no podría ser peronista, como no puedo ser de Boca o de San Martín. Nunca me sentiría cómodo con la marchita... las Veinte Verdades... y que “compañero de aquí, compañero de allá”. Ahora, que mi rechazo a ese mundo sea tan racional a esta altura de mi vida lo dudo mucho, hasta puede ser que algunas ideas de “Comunidad organizada” compatibilicen bastante con mis creencias.

© LA GACETA

Nicolás Sancho Miñano – Abogado y escritor